

CAPÍTULO 1

EL PRINCIPIO DE INDETERMINACIÓN
DE LA JUVENTUD. UN LUGAR INSEGURO
Y UNA TRAYECTORIA INCIERTA

La realidad objetiva acaba de evaporarse

WERNER KART HEISEMBERG (1901-1976)

Hablar de juventud en general y de juventud inmigrante, nos acerca de alguna manera al análisis de las mayores transformaciones de la estructura social en las sociedades de capitalismo avanzado. Los jóvenes constituyen una especie de ventana por donde mirar el funcionamiento actual de la sociedad. Y los jóvenes inmigrantes, como la inmigración misma, son también un espejo que nos refleja qué respuestas está dando a ambos, a jóvenes y a jóvenes inmigrantes, la sociedad. Si partimos de la idea bastante consensuada de que la juventud es un estado de transición, estas respuestas deben observarse en torno a los cometidos básicos de una sociedad hacia la futura generación adulta y hacia los propios jóvenes: formación, trabajo, autonomía personal y suficiencia económica.

Al observar cómo en nuestra sociedad se está configurando ese período al que hemos dado en llamar juventud, nos preguntamos si en vez de transición tenemos que hablar de la juventud como estación donde la espera es cada vez más prolongada y la continuación de la ruta es, como poco, incierta, y, como mucho, circular, ya que más que avanzar por el camino se regresa varias veces al sitio inicial.

Si nos apoyamos en la idea de transición, es muy difícil establecer cuánto dura ésta. Lo mismo ocurre si pensamos en estación. Quizá la única cer-

teza que podemos encontrar es que en las sociedades postindustriales cada vez duran más.

Los límites estadísticos al hablar de población suelen establecerse hasta los 29 años. En épocas anteriores, a esa edad nos encontrábamos con un adulto, con una vida relativamente independiente, una salida del hogar familiar y probablemente ya con su propia familia constituida.

Algo ha cambiado profundamente y esos cambios son los que pretendemos explorar en este capítulo.

La juventud es una etapa de la vida de las personas, con una configuración muy peculiar. Supone teóricamente haber superado la infancia, pero no ser aún adulto. Encontramos aquí personas que no han completado su socialización, ni su proceso formativo ni se consideran totalmente autónomas del entorno familiar ni plenamente insertas en el ámbito del trabajo, pero intentan ya partidas y llegadas.

Como constructo social, las distintas perspectivas teóricas que lo abordan ponen de relieve algunas de sus características. El enfoque económico analiza los resultados de la transición en términos de inserción en el mercado laboral. El enfoque psicológico se centra más en el logro de la madurez afectiva y cognitiva, así como la capacidad de construir vinculaciones de intimidad. Una perspectiva más sociológica aborda los procesos de entrada en las instituciones y estructuras sociales que le dan la carta de ciudadanía y la asunción de las obligaciones de la vida adulta.

Una visión lineal de este proceso indicaría que el cometido fundamental de este momento de la vida de los seres humanos es completar su educación, capacitarse para entrar de lleno en la vida social, económica y política, como ciudadano con derechos y deberes. Encontraríamos entonces que la interacción entre las estructuras institucionales, el desarrollo individual y la capacidad de adaptación, produciría una socialización exitosa y una salida a la vida adulta.

Pero ya hemos señalado que las visiones lineales son insuficientes para explicar procesos y trayectorias de los jóvenes en su vía a la vida adulta. Primero porque no hablamos de juventud como un grupo homogéneo que pasa por los mismos procesos en el mismo momento, segundo porque los resultados están socialmente condicionados y esas diferentes condiciones sociales han dado lugar a logros distintos y tercero, porque desde finales del siglo pasado esos condicionamientos han alterado el ciclo clásico transicional de la juventud y, aunque con diferencias importantes, la globalización de la producción, del consumo, de la cultura, de los hábitos y del mercado de trabajo, ha roto con la efectividad de los cometidos de los jóvenes en su paso a la vida adulta.

Los estudios sobre procesos de incorporación a la vida adulta, o lo que se ha denominado como transición a la vida adulta, pueden ser estructura-

dos en dos grandes etapas. En la primera etapa se distinguen dos formas de transición, consideradas hoy dentro del llamado modelo tradicional, la segunda comienza justamente con la ruptura de ese modelo.

1. MODELO TRADICIONAL

El modelo tradicional de transición a la vida adulta señalaba dos trayectorias según la clase social de pertenencia. En la primera los jóvenes pasaban por una transición prolongada y paulatina, con un largo proceso de escolarización o elección de formación ocupacional y un ingreso al mercado laboral en condiciones de estabilidad y trabajo permanente. En esta trayectoria entraban aquellos jóvenes de clase media y alta que, como bien señalaba Bourdieu (1973), «revalidaban» con la escolarización anticipados logros académicos y, en el acceso al trabajo, satisfacciones laborales seguras.

En la segunda trayectoria había una transición más corta, con una escolarización básica y una inserción laboral más temprana. Las condiciones de esta inserción solían ser de relativa estabilidad, aunque con salarios bajos. Se configuraba aquí la trayectoria obrera y de las clases más desfavorecidas.

Ambos modelos de transición conducían a la autonomía personal, social y laboral, dentro de las expectativas aprendidas en su contexto socioeconómico. La incorporación de los jóvenes a estructuras burocráticas racionales y en las que se tenía como modelo el orden militar, como señala Sennett (2006), hacen que la dimensión temporal tenga un papel central, permitiendo a la gente pensar su vida en el largo plazo donde los acontecimientos de la carrera laboral debían ser predecibles. Así, muchos trabajadores pudieron acompañar el servicio a largo plazo en una empresa con los pasos específicos para aumentar la riqueza. La idea de ser capaz de planificar determinaba las prácticas de los trabajadores. Los jóvenes eran capaces de fijar su comportamiento sociolaboral de por vida.

2. MODELO POSTINDUSTRIAL

La ruptura generalizada del modelo tradicional, aunque existan grupos socioeconómicos que, por familia y/o redes, van a seguir respondiendo a una transición prolongada y segura, se ha ido produciendo paulatinamente desde la entrada de todos los países en la economía mundializada y es también el resultado de la reestructuración del sistema capitalista y de la gran crisis de los años 70 del pasado siglo.

Las organizaciones modernas reducen sus niveles jerárquicos, externalizan funciones, deslocalizan procesos, se cambian los sistemas de producción de un día para otro, y las plantillas engordan o adelgazan con esa misma rapidez. Las estructuras de las empresas y las organizaciones pasan de ser burocráticas y racionales a orgánicas y tremendamente adaptativas y flexibles. Se sustituye el desarrollo lineal de las carreras profesionales por una estrategia de saltos de un lugar a otro.

Hoy, como señala Machado Pais (2002), las transiciones de los jóvenes adoptan la forma de un laberinto; rota la linealidad básica de la transición a la vida adulta, se dan formas sinuosas, de callejones sin salida, encrucijadas con varias direcciones, con avances y retrocesos. Los tradicionales opuestos de ser estudiante / no estudiante, tener trabajo / estar en paro, trabajar o estudiar, soltero o casado, vivir en la casa familiar o separado, ya no existen como tales; por el contrario, encontramos estatus múltiples y mezclados, siempre reversibles.

La situación se configura como un modelo abierto, en una sociedad que hemos definido anteriormente como extremadamente plástica, con un recorrido incierto, sin valores tradicionales y en medio de vertiginosos cambios. Salvo pocas excepciones, este singular paso a la vida adulta afecta a todos los jóvenes porque ni los trayectos educativos, ni los trayectos ocupacionales, ni la propia estructura familiar, ni los sistemas de protección y acompañamiento de los jóvenes hacia la vida adulta, pueden asegurar el logro de un proyecto, ni libran de la incertidumbre, ni certifican la estabilidad.

La vida adulta puede ser observada en múltiples factores que giran todos en torno a la autonomía y a la autosuficiencia. Lo primero supone madurez emocional, toma de decisiones sobre las vinculaciones y las separaciones, control sobre la propia vida, con sus decisiones y proyectos, ejercicio de la ciudadanía, con derechos y con deberes y la percepción de que todo eso se va logrando. Lo segundo nos hace entrar de lleno en la cuestión del mercado laboral. La vida adulta gira, demasiado aunque nos pese, alrededor del trabajo. Trabajo como logro personal, como satisfacción y como sustento. Por ello, justamente por el peso que tiene el trabajo o la inserción laboral en los adultos, es el mercado laboral, sus características y estructura actuales, el que ha trastocado en gran medida, las transiciones de la juventud.

Por un lado tenemos la institucionalización del período de transición producido en gran parte por el sistema educativo y las instituciones de inserción de los jóvenes y por el propio mercado laboral que rentabiliza las ventajas de los procesos de incorporación a la vida adulta —inestabilidad, precariedad, etc.—. Pero tenemos además a los propios jóvenes que se autoperciben en un camino demasiado prolongado e incierto como para se-

guirlo de forma metódica. Machado Pais (2000) señala que ante la ausencia de modelos lineales de transiciones, la vida de los jóvenes «parecen rebotar como un yoyó», con movimientos oscilantes y reversibles. Se observa una voluble forma de vida que los conduce al relativismo en todo, dudan de la eficacia de las cualificaciones educativas y por supuesto de su inserción en el mercado laboral. Con este panorama, del que los jóvenes son bastante conscientes, lo importante es mantener la autonomía individual y una libertad existencial que deje lugar para seguir dando vueltas de aquí para allá, sin plantear el fracaso total. Y así se sitúan frente a la poca certidumbre de lo que poseen: si tienen trabajo pueden perderlo, si han salido del hogar familiar pueden volver, si dejan los estudios pueden retornar con distintas alternativas. Estos caminos de ida y vuelta que en cierto sentido son muy positivos porque nos hablan de la asombrosa capacidad de adaptación de los jóvenes, generan en muchos de ellos la necesidad de vivir la inmediatez. Se adoptan de esta forma hábitos de ocio, de consumo, de formas de relaciones sociales, hábitos de vida en definitiva, que prolongan aún más la llegada a la edad adulta.

Santos (2003) nos plantea el paso de un modelo de «juventud» como transición a la vida adulta a otro de juventud en estado estacionario: tiempo de paréntesis, ralentizado, sin apenas trascendencia para el futuro. Este período se empieza a caracterizar por ser un tiempo de actividades sin proyecto, de actos sin estrategias, salvo la del goce inmediato en el espacio del consumo y la de la espera indeterminada. Los jóvenes se instalan en un presente sin aparentes vínculos con el futuro. Se vive en lo inmediato, el futuro no aparece, ni siquiera para quejarse contra él.

Sin embargo, esta estructura de la transición a la vida adulta y las pautas de acomodación de los jóvenes, no se da igual en todos. Los jóvenes tienen orígenes familiares diversos, capital social y capital escolar diferenciado, oportunidades muy diferentes, con lo que se perfilan trayectorias y resultados también diversos

Algunos estudios han indagado sobre cómo operan estas pautas generales en distintos contextos. Biggart y otros (2002) examinan, en un primer nivel, las estructuras de transición —tránsito escuela-trabajo—, el impacto del sistema de protección y el cometido de la familia como punto de apoyo. En un segundo nivel, las perspectivas subjetivas de los jóvenes en el desarrollo de sus trayectorias en relación a los condicionamientos estructurales. Y en un tercer nivel, la interacción de esos mecanismos del sistema con las orientaciones subjetivas a la hora de definir trayectorias.

Los autores de este estudio europeo consideran que existe una trayectoria exitosa cuando la formación conduce a la empleabilidad y si ese resultado es subjetivamente importante para los jóvenes. En definitiva, si lo logrado se ajusta a las expectativas que el joven ha ido construyendo. Estas

expectativas, que como es obvio vienen determinadas por las condiciones de vida, cada vez están más dirigidas e impulsadas por los medios de comunicación modernos, que tienen en este segmento de población uno de sus objetivos prioritarios.

Los resultados obtenidos no son nada positivos; más aún, conducen a los investigadores a encontrar, describir y profundizar en la estructura de trayectorias fallidas más que a explorar las condiciones de trayectorias de éxito.

Los tres países estudiados, Alemania, Italia y Reino Unido, tienen sistemas educativos diferentes en cuanto a flexibilidad en la elección de itinerarios educativos, formas de relación escuela-mercado de trabajo que van desde la complementariedad total hasta la máxima independencia y estructuras familiares diferentes en cuanto a apoyo a la permanencia de los jóvenes en el hogar o, por el contrario, pautas de salida temprana del mismo.

Estas configuraciones diferentes se analizan además en la interacción con las perspectivas subjetivas, es decir, con la percepción de la juventud de sus propias trayectorias y de los sistemas institucionales que las encauzan.

Los resultados de este trabajo apuntan a que con ligeras diferencias y en función del origen social, los jóvenes se insertan y se perciben en trayectorias inestables. Las distintas estructuras posibilitan o dificultan la creación social e individual de biografías, la mayor o menor flexibilidad y espacio para el desarrollo de itinerarios individuales, pero, en definitiva lo que va a predominar en los jóvenes son las decisiones instrumentales: los estudios se perciben como muy importantes, pero se dejan cuando se encuentra un trabajo; puede considerarse un objetivo a corto plazo dejar el hogar familiar, pero se vuelve cuando se considera necesario; se utilizan los sistemas de protección si se está dispuesto a negociar el abandono de las aspiraciones personales, cuando se recibe el mensaje «tomas el trabajo o pierdes el subsidio», pero también puede salirse del sistema cuando no se está dispuesto a negociar y se cuentan con redes personales y familiares sólidas para encontrar trabajo.

En definitiva, los autores concluyen que predominan las trayectorias fallidas y que los riesgos pueden situarse tanto en los mecanismos estructurales-institucionales como en los procesos subjetivos de los jóvenes, tanto cuando se perciben adaptados a tales determinantes estructurales, como cuando desarrollan itinerarios individuales atípicos sin redes de apoyo.

Sin embargo, este panorama general, que sitúa a los jóvenes en una prolongada estancia en la residencia familiar (Santos Ortega, 2003), con una actividad laboral discontinua y errática, con una formación suficiente, pero a veces inútil o nada suficiente con el resultado de poca cualificación, va en paralelo a las grandes ideas sobre la importancia de la juventud y de los procesos que se realizan aquí, de cara a la vida adulta. Porque pese a este pa-

norama, donde hoy día el mercado laboral da las pautas, los actores —familias— y las instituciones —educativas— que socializan, educan y forman a estos adolescentes y jóvenes, no dejan de tener un rol crucial a la hora de acompañar a este grupo hacia la adultez, cometido muy diferente a prolongar su transición.

La juventud es un período de la vida de las personas al que siempre se le ha dado una gran relevancia, tanto cuando hablamos a un nivel de desarrollo del ciclo vital de las personas, como cuando hablamos del grupo social que está en a las puertas de las estructuras e instituciones socioeconómicas. Sin embargo, y aunque ninguna sociedad lo ponga en duda y aun cuando las políticas que se desarrollen estén encaminadas a formar, capacitar y dar los elementos para el logro de la autonomía que necesitarán ejercer en su vida adulta, todavía no se ha encontrado la forma de instrumentar las mejores medidas para lograrlo, y lo que es peor, en un mundo cada vez más confuso, dinámico y globalizado, esta tarea se hace más difícil.

En un comunicado emitido en septiembre de 2007, la Comisión Europea⁵ ratifica la idea de que el futuro de la UE dependerá cada vez más de las jóvenes generaciones. La realidad, sin embargo, indica que las políticas europeas de juventud, formación y empleo han sido desacertadas o insuficientes, ya que uno de cada seis jóvenes abandona prematuramente los estudios y más de cuatro millones y medio de jóvenes entre 16 y 24 años están en paro.

Invertir en formación, capacitación y en políticas y sistemas de intervención social que faciliten la entrada al mercado de trabajo, se perfila como la medida necesaria para superar estos obstáculos. Sólo así se podrá eliminar la paradoja estadísticamente evidente de que, por un lado, en el mercado laboral de la UE falta mano de obra y, por el otro, hay un exceso de población joven desempleada.

Las trayectorias seguras y casi predeterminadas en función del origen social y de las cualificaciones obtenidas, son historia o muy minoritarias. Desde finales del siglo pasado varios condicionamientos han alterado el ciclo clásico de la juventud y, aunque con diferencias importantes, la globalización de la producción, del consumo, de la cultura, de los hábitos y del mercado de trabajo, ha roto con la efectividad de los cometidos de los jóvenes en su paso a la vida adulta. Superado el modelo tradicional que planteaba a los jóvenes rutas determinadas, de mayor o menor alcance, pero seguras, hoy se observan transiciones donde es habitual encontrar estatus múltiples y mezclados, siempre reversibles.

⁵ Comisión Europea. IP/07/1281. «La comisión desea una mayor implicación de los jóvenes en la sociedad».

3. LA JUVENTUD EN EL CONJUNTO DE LA POBLACIÓN

Nuestra sociedad parece no ser suficientemente consciente del peso demográfico y social que tiene la juventud, la que ya lo es hoy y la que lo será en breve tiempo. Este peso lo vemos en la juventud en general y en la de origen inmigrante.

Observando la tabla siguiente encontramos ya el dato que establece la juventud de la población extranjera en España. Mientras los españoles de 0 a 24 años representan el 19,9% del total de la población, los extranjeros de ese grupo de edad alcanzan al 28,8% casi diez puntos más. Observando solamente el tramo de edad de los jóvenes de nuestro estudio tenemos que frente a un 11,1% de los jóvenes españoles de 15 a 24 años, los extranjeros suben más de tres puntos, hasta el 14,7%.

Tabla 1
POBLACIÓN JOVEN EN ESPAÑA

	Población española	Porcentaje sobre población española	Población extranjera	Porcentaje sobre total extranjeros
Total	40.681.183		4.519.554	
De 0-24 años.	8.126.473	19,9	1.302.554	28,8
De 15-24 años.	4.520.328	11,1	665.554	14,7

FUENTE: INE, a 1 de enero de 2007.

Los siguientes gráficos nos permiten visualizar mejor el peso que tiene la población joven, la española primero y luego la extranjera.

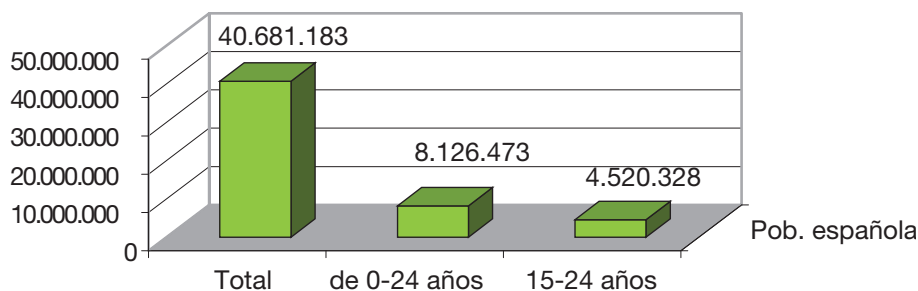


Gráfico 1.—Población española por edades

EL PRINCIPIO DE INDETERMINACIÓN DE LA JUVENTUD

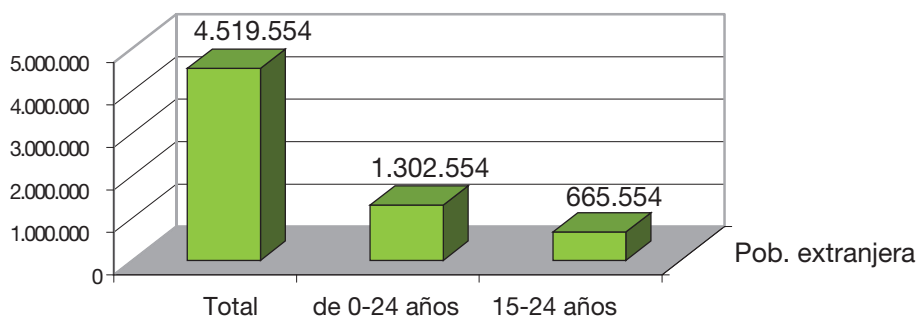


Gráfico 2.—Población extranjera por edades

Más relevante aún es observar los datos de población extranjera extra-comunitaria, en concreto de las nacionalidades que se incluyeron en la muestra, es decir, población marroquí, ecuatoriana, dominicana y china.

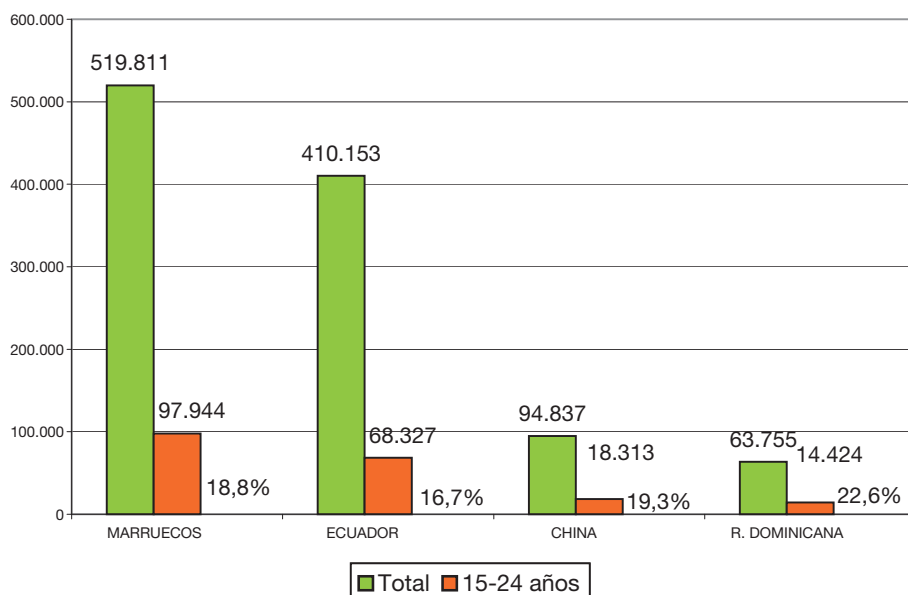


Gráfico 3.—Población empadronada en España de las cuatro nacionalidades. Jóvenes entre 15 y 24 años. Porcentajes

Observamos así el peso que los jóvenes de cada nacionalidad tienen en su propio colectivo nacional. Los jóvenes dominicanos representan el 22,6% del total de su colectivo, seguido por los jóvenes chinos que llegan al 19,3%, los marroquíes con un 18,8% y finalmente los ecuatorianos con un

16,7%. Todos los jóvenes de estas nacionalidades tienen un peso porcentual mayor al de los jóvenes españoles.

Sin embargo, la importancia demográfica de la juventud no va de la mano de una inserción en un entorno seguro para su desarrollo personal y social porque éste se configura como confuso, complejo y extremadamente volátil, dificultando, aunque no de igual manera, a jóvenes extranjeros y españoles. A las condiciones de este entorno se añaden para los inmigrantes las propias de la migración, debiendo soportar mayores presiones y enfrentarse a obstáculos más altos.

Cuando hablamos de juventud no sólo hablamos de un colectivo sobre el que depositamos nuestras miradas, sino que estamos hablando de nosotros mismos y de cómo vamos a articular la convivencia en el futuro más cercano. Los jóvenes, como decíamos anteriormente, personalizan y son un claro exponente de las transformaciones de nuestra sociedad y encarnan sus peligros y también sus oportunidades.

La incorporación de los jóvenes a la vida adulta en un proceso que podemos denominar como crisis de maduración en la que el joven debe poner en juego sus habilidades y competencias para ir superando los nuevos retos que supone entrar en este período. Esto que es mucho más fácil decirlo que hacerlo, se ve dificultado cuando estamos hablando de individuos que están inmersos en unos referentes familiares que se asientan en tradiciones que son extrañas en un entorno nuevo.

Los hijos de inmigrantes no toman la decisión de inmigrar, pero viven en sus carnes las consecuencias de esa decisión. En muchos casos no sólo deben adaptarse al país de recepción, sino que además son los destinatarios de todo ese proyecto migratorio. No pocas veces escuchan cómo todos los sacrificios y todas las dificultades por las que han pasado sus padres tienen como objetivo que ellos tengan una vida mejor, más satisfactoria, que es el sentido de todo ese esfuerzo. Esta es una gran misión, el éxito en la vida del hijo es el gran indicador de la evaluación de todo un proceso familiar. No es fácil crecer y afrontar la vida con ese tipo de misiones. Los recursos emocionales y cognitivos del joven se ven puestos a prueba no ya para el logro personal, sino también para el logro de su grupo primario.

En este juego de esfuerzo y logros los cambios de referentes culturales, como no podía ser de otra forma, incrementan las dificultades. La adaptación lingüística a la que muchos jóvenes se han tenido que enfrentar de un día para otro, en un sistema educativo que no estaba preparado para tener alumnos con esas limitaciones, no ha sido un comienzo fácil. Hay que decir que en muchos casos este aprendizaje de la herramienta básica y fundamental de adaptación, ha sido el primer y gran logro que han experimentado; a la larga este aprendizaje es una experiencia positiva que

hace que muchos de estos jóvenes luego, en su incorporación a la vida laboral, puedan utilizar la ventaja de su bilingüismo. Ésta, que es una adquisición que puede ser vista con facilidad como un éxito que mejora el autoconcepto de las personas, desgraciadamente es desatendida por nuestras escuelas y se desaprovechan todas las oportunidades que podrían generar para afianzar a los jóvenes en una idea positiva e integrada de sí mismos.

La estructura familiar, como veremos más adelante, se suele ver drásticamente afectada por el hecho migratorio, los roles de género, las interdependencias familiares, el liderazgo y la autoridad acusan modificaciones y tensiones que hacen que el entorno afectivo y emocional en el que estos jóvenes han ido construyendo sus competencias emocionales y cognitivas, no sea el más adecuado y nutricional para ese desarrollo. Las experiencias de conexión (Parra, Busby y Wampler, 2004) que no son otra cosa que el establecer buenas relaciones emocionales con otros significativos, están en muchos casos comprometidas por la peripecia migratoria.

Si uno de los grandes logros de la madurez es el llegar a una identidad en la que se integran de manera coherente las experiencias, tanto instrumentales como de intimidad en un yo diferenciado, es decir, capaz de tener un sentido del sí mismo único dentro de su cultura, clase social o familia; las dificultades para la conexión con referentes y con tradiciones que le ponen en contacto con su peso ontológico, hacen más difícil ese logro.

Vemos cómo los referentes que le ponen en contacto con sus raíces existenciales pueden estar dañados, pero también son comunes las dificultades con los referentes sociales de la cultura de destino, en la que se deben socializar. Las dinámicas de opresión que señalan Parra y col. (2004), la mirada tóxica que describe Suárez-Orozco (2003) son fenómenos que hacen de estos jóvenes sujetos sobre los que caen una serie de atribuciones negativas que atentan contra el valor de su identidad. Un menor que está construyendo la idea de sí mismo, si se ve contaminado por las actitudes de una sociedad a la que va a tener que pertenecer por fuerza y que rechaza aspectos esenciales de lo que es, crece y se desarrolla dentro de una irresoluble paradoja en la que su identidad es rechazada por esa misma identidad.

Llegar a un nuevo país no es fácil; los primeros, como pioneros que son, se equivocan muchas veces, cometen muchos errores que les enseñan, con dolor, cuáles son las rutas y los caminos de ese nuevo territorio que exploran y en el que al final se asientan. Sus hijos sin ser ya pioneros, también participan de esta indeterminación del pionero, carecen también ellos de la adecuada cartografía que les ayude a deambular por el territorio. La de sus padres, le pone en contacto con territorios ya abandonados, y además le otorga la misión de dar sentido a su esfuerzo

migratorio. La de sus iguales españoles le señala como minoría diferenciada que todavía no se ha ganado el derecho de poder participar de las mismas ventajas de los aborígenes.

El principio de indeterminación de los jóvenes inmigrantes es doblemente determinante de su incertidumbre. Su posición es indeterminada y su momento lineal o *momentum* también lo es.